

Historia de terror (Un viejo perro negro)

El ruiseñor



Capítulo 1

Un viejo perro negro

Un viejo cuyo nombre no es importante, porque sinceramente lo olvidarías rápidamente.

Un día me desperté por la mañana con las piernas entumidas postrado en la cama sin poder hacer nada, pero mi hija, me atendió de inmediato y con mucha gentileza; me levantó, eso me hizo verdaderamente feliz, hacía mucho que no me tenía tan atendido, pero la última semana, había sido una excelente hija, estaba muy orgulloso de ella, con todos los problemas que una madre soltera tenía que pasar, además, me atendía a mí, después de un delicioso almuerzo de mis espárragos favoritos, salimos de viaje, mi hija, los niños y yo, llegamos hasta un hermoso campo muy extenso, era medio día y el sol estaba mayormente cubierto por unas melancólicas y grises nubes, mi hija me sentó en una silla de ruedas y fue tan amable de ponerme bajo la sombra de un viejo y enorme árbol, no muy lejos podía ver a los ruiseñores y con mi buen oído derecho, escuchaba claramente su hermoso canto, pero poco después del deleite de los ruiseñores, el auto arrancó a mis espaldas, dejé de escuchar a los ruiseñores y me di cuenta que los gritos de los niños en el campo ya no sonaban, sí, su cacofonía no me estremecía más, ya lo había notado, noté, que estaba solo, solo, bajo un árbol, atascado en el césped con una silla de ruedas y sin un bastón para apoyarme.

Estaba abandonado en el campo, mirando el sol meterse a lo lejos, estaba haciendo bastante frio y mis huesos apenas podían soportar mis lágrimas saladas, mi hija me abandonó, me ató a la muerte en esta silla que nunca había visto en mi vida, yo lo sabía y se lo permití, porque es una buena hija, y la quiero mucho de verdad.

Si mi capitán estuviera aquí me diría que ya vendrá el día después de este anochecer, que es un mal día, no una mala vida, era un hombre muy positivo. Fue asesinado por un delincuente nervioso, que al ver las condecoraciones de su chaleco, se asustó y disparó, supongo que no sabía que el pobre hombre aun peor que yo, no solo era ciego, también, quedó paralizado por el gas mostaza.

La noche venía a mí, escuchaba ruidos por todos lados, más por mi derecha que por la izquierda y no podía reconocer su profundidad, pero parecían coyotes, venados, algunos eran buitres y otros cóconos, todos chillaban horripilantemente como si se discutieran mi carne, cada destello en el cielo, me dejaba ver algún rastro de animal, primero, el cielo se iluminó y pude ver la cabeza de un ciervo entre los pastizales, pasó no

más de diez minutos y el cielo se volvió a iluminar con unos ojos que me acechaban a lo lejos, según yo, era un lobo. Los destellos de luz se hicieron cada vez más constantes, era obvio que una tormenta se acercaba. Por suerte, primeramente, parece que aquel ciervo fue la comida y no yo, pero la sensación de ser vigilado en ningún momento se disipó.

Las primeras gotas de lluvia empezaron a caer sobre mí, hasta tal grado que no podía escuchar a los animales, pero justo después de eso, vi una enorme luz, un faro que apuntaba a mi árbol, pensé que mi hija reconsideró y volvió a buscarme, así que intenté con toda la fuerza que me pudo haber quedado tirar de la rueda derecha, y aunque estaba atorada en una rama del árbol logré girarla y caer al suelo junto a la silla, poco después, el faro pasó de largo y volví a quedarme a oscuras, mojado, aturdido y con una pulsación en la cabeza. Levanté mi mano para revisar el área afectada y sentí ese líquido que de poder ver sería rojo, embarrado en mi mano, sabía que ahora estaba perdiendo sangre, pero no podía hacer nada, ahora solo me quedaba mirar las estrellas y pensar, ¿qué puede hacer mal para merecer esto?, no culpo a mi hija, es una buena hija, tal vez a su esposo por golpearla y maltratarla por cinco largos años, cuando finalmente se deshizo de él estaba muy feliz por ella, aunque ella, estaba cada vez más fría y antipática conmigo, ambos sabíamos que era lo mejor, incluso, cuando fue aceptada en aquel trabajo, si bien, no pagaban mucho, era una buena portunidad, a mí nunca me dijo de que trabajaba, pero la cambió mucho, sencillamente dejó de ser ella, tal vez debí laborar yo de alguna manera e intentar ayudar su economía, me arrepiento mucho de eso.

La tormenta empezó a aumentar de intensidad y aunque el árbol arriba mío tapa una enorme cantidad de lluvia, el aire me seguía dejando helado, era muy frío, literalmente un frío de muerte, al poco tiempo, la fatiga de la oscuridad me dejó ver como un perro negro pasó junto a mi reducido campo de visión y se acostó al lado mío, justamente encima de mi brazo derecho, apenas y podía creer que aquel can tan pachoncito quisiera hacerle compañía a un viejo en sus últimos momentos, intenté acariciarlo, pero cada vez que levantaba mi mano un poco el perro se retiraba de mí, así que decidí permanecer de esa manera, a eso de diez, veinte, quizás treinta minutos después, el perro me preguntó si tenía miedo, le dije sinceramente que la muerte es algo inevitable y que al ser yo viejo, no me importaría morir hoy, a lo que él me dijo; - No de la muerte, de mí. Me sacudí por un momento, lo miré fijamente y me di cuenta del extraño suceso, tosí con una voz severamente seca y angustiada para romper la tensión, le mencioné que era extraño, y vaya que muy extraño que un perro te hable, pero no es que sea la gran cosa, estoy a nada de morir después de todo, por su parte, el perro con un tono severamente molesto vociferó y gruñó un rato para sí mismo sumiendo su cabeza en mi brazo, cuando me dijo que de no ser él estaría muy asustado de cualquier otro, pues, la muerte, verdaderamente es más

aterradora por otra cosa, que el ser juzgado por tu Dios o maldecido por tus últimos momentos, yo me confundí un poco con las palabras de aquel perro, y le exigí una explicación, él en cambio interrumpió mi queja y me dijo que si bien, algunos mueren por su patria, otros por accidente y muchos más por culpa de otros, con todos su último instante es de terror, porque al final del camino, a quienes conocen es a "ellos", seres inmateriales que sencillamente están atados a ustedes por simple aleatoriedad, que no buscan un fin y son simple casualidad, pero que de esa manera aparecen ante nosotros... un breve silencio incomodo despejo el frio aire, ¿de quienes hablas? le dije al perro, de bestias y monstruos desde luego, como yo, me respondió, pero tu eres prácticamente un cacharro, no eres un monstruo le dije, puede ser que no, somos muy diferentes, y supongo que tú tienes suerte, pero no todos la tienen, entre nuestras filas hay aquellos con horribles morfologías, Adán es por ejemplo, algo parecido a un ser marino con una enorme cola, branquias por todos lados, viscosidad como de larva y otras cosas repulsivas que preferiría evitar y su tamaño insuperable, muchos solo logran ver sus enormes ojos rojos cuando mueren en el mar, yo en cambio, soy pequeño, oscuro y me confunden con un perro, además, no tengo nombre, porque no importa, porque estoy viejo y estoy a punto de morir... por mala suerte para ti prosiguió. Reconocí el miedo del perro, era una extraña sensación, acababan de describir ante mí una abominación como pocas y temblaba de solo pensar en su muerte, sin embargo, tenía curiosidad ¿algo parecido le sucederá a él? me encaminaba a lo peor, ¿quién vendrá por ti? le dije, tras un largo silencio me dijo.

- Si nosotros somos monstruos, ellos son las pesadillas de los monstruos, nunca he visto uno sinceramente, pero aquellos que vivieron para contarlo quedaron aborrecidos, locos o traumatados de conocer la forma de esas cosas. Lo abracé, esta vez no se retiró al conocer nuestro destino y le pregunté si la cosa que vendría a reclamarlo salió esta noche, en cambio el perro negro me ayudó a sentarme y recargarme en el árbol, me costó mucho por la poca fuerza de mis piernas, pero era un perro muy robusto, en poco tiempo me subí a su lomo y pude sentarme bajo el árbol, se recostó en mis piernas y me dijo. - Mira a la luna, mírala solo una vez, yo no la he querido ver hoy, pero sé que está ahí, sé que nos está viendo. Poco después de la mirada oscura del perro miré a la luna y no vi nada, no vi nada respondí y él me dijo. - pues condenado amigo, ya ha de estar aquí. La luna iluminaba nuestro árbol desde la punta más alta con un intenso brillo que dejaba ver un repentino cielo despejado, nuevamente podía ver los pastizales vacíos, pero ya no existía animal alguno que hiciera ruido, el perro negro me dijo que los animales los percibían más rápido que ellos, por eso, los animales se fueron, le pregunté si él también se iría, lo negó, mencionó que preferiría morir acompañado que solo, pues no todos tiene el privilegio de tener a alguien en sus últimos momentos, sentí la ironía de ser afortunado en mi muerte. La intriga de la luna aun no me dejaba en paz, así que le pregunté, sobre que se supone que debí ver para que la cosa esa no viniera esta noche, el en cambio hundió de

nuevo su cabeza, pero ahora en mis piernas y me intento susurrar. - Se ríe, le gusta burlarse de sus presas, por eso estaba seguro de que vendría hoy, lo escuché burlarse.

Un silbante zumbido empezó en el ambiente, como si la estática de un televisor cayera del cielo, su dureza y baja frecuencia eran antinaturales, pues se trataba de un chillido más que otra cosa, poco a poco escaló al sonido de una enorme maquina presionando duramente el metal de sus engranes con escasos de aceite, mi amigo se levantó de un salto miró los pastizales, me dirigió su oscura mirada y corrió al frente y por primera vez vio la luna, el perro sonrió.

Con una mueca que no dejaba espacio entre sus ojos y sus labios, su piel se aplastó hasta que su labio tocaba la punta más baja de sus ojos y me miró de pasada a mí, su morfología empezó a mutar, extremidades aledañas de procedencia extraña, manos, pies, ojos, orejas y otros extraños miembros le brotaron de todo el cuerpo, su tamaño incrementó absurdamente y aun con todo ese caos, seguía mirándome, reposado en el árbol, intentando levantarme, escarbando en el árbol dejando algunas de mis uñas clavadas en el tronco por intentar levantarme de la desesperación, buscando apoyo para levantarme de alguna manera, pero el perro sonriente sin prisa alguna se estaba acercando cada vez más a mí, me pude parar por un momento, pero a comparación del perro sonriente podría estar acostado, simplemente era inmenso, sus ojos ahora desorbitados y colgantes se volvieron blancos totalmente y me sugirió que solo lo viera a él, pasará lo que pasará escuchara lo que escuchara solo debía verlo a él, a él, una monstruosidad que no se puede hacer llamar animal.

Una o dos horas habían pasado y un perro con enorme y afilada sonrisa seguía mirándome a mí o al infinito, pues no tenía pupilas y en cambio su color era de un fulminante blanco, la saliva empezaba a escurrirle de su boca y empezaba a soltar un humo blanco de sus dilatadas fosas nasales, era un ritmo pausado y calmado, pero se podía ver la agitación de aquel ser, entonces, el perro del infierno que sonreía, empezó a chillar, sus lagrimales se dilataron y una secreción le caía de sus ojos, lo pude notar, lo sabía, tenía miedo y también sabía, que no era por mí, le temía a algo más, algo de lo que fui advertido, no debía mirar, no debía escuchar y no debía de percibirlo de ninguna manera, a esa cosa.

Pasó más tiempo, tal vez, tres o cuarenta minutos, no soplaban el aire y la atmosfera era muy pesada el chillido de las maquinas infernales seguían sonando por todos lados y el perro que sonreía, seguía llorando, y su llanto quejumbroso se podía escuchar claramente, sus ojos se estaba empezando a cerrar poco a poco y su sonrisa ahora estaba muy distorsionada, ahora, parecía un poco más un perro, sentí mi humanidad y quise consolar a mi amigo, pero apenas intenté dar un paso a su dirección sentí en mi espalda un millón de miradas y escuché centenares de patas

diminutas acercarse a mí, el árbol se estremeció y escuche varias ramas romperse, mi postura se rompió con ese paso y caí al suelo, ahora, de nuevo miraba las estrellas. Solo escuchaba los llantos de mi amigo perro, el silbido constante pasó y en su lugar un rugido fulminante como de una feroz bestia resonaba, era acaparador, no podía distinguir su procedencia, incluso podría decir que era precisamente todo mi alrededor, el aire gritaba moviendo el enorme árbol, y ese monstruo lo callaba con su fuerte rugido, los centenares de patas se comían el mundo a mi alrededor, cada pisada que se aproximaban más a mi dirección hacia retumbar el suelo era tal su cantidad que me era imposible distinguir su dirección, la asfixiante sensación de ser rodeado por cientos o miles de patas por todas partes me dejó aterrorizado, yo simplemente había cerrado los ojos mientras lloraba, postrado en el suelo sin poder hacer nada, por otro lado, pensaba en mi condenado amigo, porque ya no lo escuchaba chillar, había escuchado ramas romperse o quizás huesos, gritos desesperados entre los llantos de mi amigo, pero no tuve el valor de abrir los ojos. El fulminante rugido de la bestia se hacía cada vez más débil, pero seguía escuchándolo en todas las direcciones, las patas alrededor mío se disiparon poco a poco, los gruñidos pararon y todas las patas desaparecieron, me arrastré hasta el árbol y nuevamente luché para levantarme, me quedé erguido y contemplé lo que quedó de aquel hermoso paisaje que una vez pude ver.

Viví un día más, al día siguiente mi hija en lágrimas regresó por mí, se disculpó mil veces y me llevó al hospital, yo la perdoné, mi brazo derecho estaba prácticamente roto y tenía una leve herida en la cabeza, me pusieron un yeso en mi brazo y regresé a casa, el día pasó y la noche llegó, y yo, vi a la luna y le sonreí, le sonreí, porque entendí, entendí que le gustaba, mi amigo lo hizo hasta el final incluso cuando era devorado por las fauces de ese monstruo, incluso cuando tenía miedo y estaba llorando, incluso cuando dejó de sentir y se esfumo su vida, su cuerpo seguía sonriendo y ahora entiendo lo que me decía, nadie muere feliz, algunos solo tienen más suerte que otros y otros, por otro lado, llegan a conocer a eso y estoy seguro de eso, porque esa noche, antes de que el sol me dejara ver la lejanía del pastizal, antes de tener la seguridad de la comprensión, escuché nuevamente, no cientos de patas o miles de miradas clavadas en mí, no, estaba escuchando... su risa, se burlaba de mí, su nueva presa.